



Camino a la Santificación

Rvdo. Esdras Nehemías Monroy

Estimados hermanos, no pretendo en estos pocos renglones, dar un discurso teológico, sino sencillamente ofrecerles mi concepto en relación con esta gran necesidad en nuestros corazones.

Debemos empezar por definir la palabra “santificación.” El diccionario de la Real Academia dice que: “Santificar es hacer santo a alguien mediante la gracia. Dedicar a Dios una cosa.” El Diccionario Bíblico dice: “Santificar es, hacer sagrado, apartar, consagrar, separación para vivir para Dios y para servirle.”

Surge la pregunta: ¿Cuál es el camino para alcanzar este estado ya definido?

Primero, tenemos que creer que es una exigencia de Dios para sus hijos. En I Tesalonicenses 4:3 leemos: “Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación.” Si santificación es separación para vivir para Dios, entonces este texto es claro. Lo que Dios quiere es que cada uno de nosotros nos separemos totalmente del pecado, del mundo, sus placeres y sus vanidades para servirle únicamente a Él y glorificarle.

En segundo lugar, tenemos que reconocer que es una necesidad en nosotros. Ninguno visita al médico si no se siente enfermo y reconoce que la enfermedad amerita medicina. Así ningún creyente va a buscar una segunda obra de gracia sin sentir la necesidad de ella dentro de su propio ser, reconociendo que no sólo es una exigencia de Dios, sino una obra indispensable en su corazón. En la carta a los Efesios 4:22-24, el apóstol Pablo amonestaba a aquellos hermanos: “En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.”

Si la santidad es exigencia de Dios para su pueblo y una necesidad básica en nuestra vida, entonces debemos buscarla incesantemente hasta alcanzarla. Pues la Biblia es tajante al declarar: “Sin santidad nadie verá al Señor.” Quiera el Señor hacer sentir esa grande necesidad en nuestras vidas y por ende en nuestras iglesias y que vivamos, como decía Pablo a Tito, “en este siglo sobria, justa y piadosamente.” ¡Amén!